

Mariano Nava Contreras, *Homero y la cera de Descartes. Fortuna y pervivencia de la Antigüedad entre nosotros*, Madrid: Editorial Complutense, 2019, 279 págs. ISBN: 978-84-669-3628-6

El arte de hacer comprensible para un público más amplio aspectos de nuestro conocimiento especializado es una virtud que no siempre está al alcance de todos los académicos. A veces, esta relación entre divulgación y especialización no es sencilla, pero resulta sumamente necesaria, pues la buena divulgación precisa de un conocimiento profundo de aquellas cosas sobre las que se ha de hablar y, a su vez, la alta especialización a menudo requiere de cierta visión de conjunto que no nos haga perder el norte acerca de lo que investigamos. Considero que la labor divulgativa del profesor Mariano Nava, uno de los más brillantes helenistas con los que ahora cuenta el mundo hispano, es, en este sentido, modélica. Desde hace tiempo, el profesor Nava lleva publicando en la prensa reflexiones o pequeños ensayos que tienen (casi) siempre como rasgo común el mundo griego. Tales reflexiones, además de ilustrarnos acerca de algún aspecto de la literatura, el pensamiento o la historia de Grecia, suelen ser eficaces instrumentos para poder pensar críticamente acerca del mundo actual. El libro que ahora reseño supone una compilación de tales trabajos, algunos de los cuales yo ya había leído previamente, pero debo reconocer que el efecto que produce la lectura conjunta acrecienta verdaderamente su valor.

El libro, dentro de una deseable colección divulgativa iniciada por la Editorial Complutense, se articula en torno a tres partes: “La palabra y el pensamiento”, “La ciudad y el poder” y “La memoria y la gente”. De esta forma, cada parte agrupa más o menos un tercio del total de los pequeños ensayos, de manera que la propia estructura del libro adquiere un cierto relieve temático y no sólo misceláneo. Naturalmente, el libro podría leerse en el orden que el lector eligiera, pero no me parece, por ello, menos interesante seguir una lectura lineal, de principio a fin, y dejarnos asombrar por la variedad y profundidad de los temas tratados. De manera curiosa, el carácter divulgativo del libro no está reñido con una mirada profunda y crítica de cada asunto tratado que confiere a la obra no sólo el necesario rigor académico como punto de partida, sino también una dimensión intelectual no menos interesante. Troya, Sócrates, la tragedia griega, la historiografía o el arte aparecen singularmente dentro de lo que no deja de ser un ameno e intenso paseo por la cultura griega. A veces nos sentimos identificados con el autor mientras recorre calles de Atenas o describe el Partenón. Mientras leemos, tenemos la tentación de sistematizar y clasificar lo aprendido, pues, no en vano, el Dr. Nava nos va proporcionando a pequeñas dosis una verdadera lección de historia, filosofía y literatura griegas. Me gustan especialmente las consideraciones acerca de aspectos sobre la lengua, como la reflexión acerca de términos como ‘tirano’, la expresión de la soberbia, o la ausencia de un verbo como ‘perdonar’ en la antigua cultura griega. Asimismo, resultan antológicos algunos ensayos, como aquel donde se disecciona la expresión aristotélica de ‘animal político’ o se nos habla

acerca del *Idiotes*. Asimismo, el libro es, de una manera profunda, todo un tratado sobre ideas políticas en la Grecia clásica, gracias a las reflexiones que se hacen acerca de la democracia o el propio poder, concebido esencialmente como una enfermedad. No menos interesantes resultan las reflexiones acerca de los dioses griegos, tan bellos como vengativos y crueles, o el papel de Sócrates como personaje incómodo para cualquier forma de poder, por muy democrática que esta sea. Se trata de un libro que, por lo demás, se impregna en nosotros, casi sin darnos cuenta. Recuerdo que hace un tiempo, durante una estancia en Atenas, evoqué el ensayo dedicado por el Dr. Nava al Liceo de Aristóteles justamente durante una visita al lugar arqueológico, o, ya en el Museo de la Acrópolis, me acordé de aquel ensayo donde cuenta cómo hay una metopa del Partenón, la 32, que se salvó de la barbarie gracias a haber sido confundida con la escena de la Anunciación de la Virgen María. Se trata, por lo demás, de un libro extraordinariamente bien escrito, donde la necesaria reflexión sobre las cosas no está reñida con la emoción que suscitan los propios pensamientos. Me viene a la memoria sin esfuerzo este párrafo donde el autor, en Esmirna, pasados casi cien años de dominación turca, busca aún algún atisbo de cultura griega:

Eso fue en realidad lo que quise ir a buscar a Esmirna casi un siglo después de la guerra. Quise saber si acaso en la mirada de esos turcos de ahora, si en la desconchada madera de las casas de los barrios viejos, si en el claro de nube que matiza las tardes de la bahía, si a la sombra de los olivos que verdean las colinas todavía queda algo, algún atisbo de aquella vieja Jonia griega que inventó la ciencia, la poesía y la filosofía. La respuesta me la vino a dar sin quererlo, supongo, el arqueólogo turco que fue mi guía cuando fui a visitar las ruinas de Éfeso. Con un par de té sobre la mesa me preguntaba lo típico, que qué hacía un venezolano por allá tan lejos. Entonces le expliqué con detalle mis inquietudes y mis preguntas. Él se quedó callado un rato mirando al piso y después, sin apenas levantar la mirada, me dijo: ‘Ah, sí, los griegos... lo destruyeron todo’. Quise responderle pero no pude. Mudo de sorpresa e indignación, me di cuenta de que nunca más volveré a tragarme tantas palabras juntas. Obviamente él se había leído unos libros de historia y yo otros (“Los que escriben la historia”, p. 271).

Mientras recorría este periplo académico, intelectual y vital del Dr. Nava, se me ocurrió una conclusión imprevista, como es el hecho de que, en el infierno laberíntico de la Historia, el helenismo es básicamente una forma de vida. Recordé, mientras leía los pasajes donde se nos habla acerca del destino final de Edipo, esa doble dimensión, entre cotidiana y mítica, que me brindó el paseo desde el centro de Atenas hasta la propia tumba del rey de Tebas, en un promontorio que hoy puede verse en el centro del propio barrio de Colono. En aquella parte de Atenas era visible el zarpazo de la terrible crisis que ha sufrido Grecia durante estos últimos años, pero ahí seguía estando la dimensión profunda del mito, a la espera de volver a ser recordada y revivida. Creo que esta sería la mejor y más sucinta definición del libro que ahora estoy acabando de reseñar: “una sabia y vital lección de helenismo”.

Francisco García Jurado
Universidad Complutense de Madrid
pacogj@ucm.es